

## **Aprender del territorio, la consigna en El Carmelito**

El río Patía forma un valle interandino donde se bifurca la cordillera de los Andes, en el extremo sur del departamento del Cauca. Es un ecosistema de bosque seco tropical, de clima cálido, donde sus habitantes se dedican en su mayoría a la agricultura y la ganadería.

En una de las veredas de ese valle, de nombre El Carmelito, quince familias integrantes de su junta de acción comunal comenzaron a evidenciar sequías cada vez más fuertes, mientras los ojos de agua que alimentaban sus campos y sus vidas se mermaban cada vez más.

La necesidad de conocer mejor y conservar ese ecosistema, asunto en el que venían trabajando desde 2013, los movió a postular en A Ciencia Cierta ECO una propuesta que encaraba integralmente el problema en tres ejes: un plan de conservación comunitaria de zonas socioecológicamente estratégicas en la vereda; acciones de protección y mejoramiento del territorio utilizando como herramienta el diálogo de saberes, y procesos de educación socioecológica que incentivaran la participación y apropiación social del territorio.

¿Pero a qué se referían con zonas socioecológicamente estratégicas? Yilver Arnulfo Contreras, miembro de la junta y vocero de la propuesta explica: "Porque hay zonas que no solamente tienen el ojo de agua, sino que tienen todo un conjunto de flora y de fauna al lado, eso le da sentido a lo estratégico. Y son zonas socioecológicas porque dentro de la forma de imaginar el espacio, de construir territorio, no hay una separación tajante entre la naturaleza por un lado y lo humano por el otro. A esa relación es a la que llamamos socioecológica, son espacios que adquieren sentido en múltiples formas".

Su propuesta obtuvo uno de los veintiocho apoyos que otorgó el concurso y luego del encuentro local con el que se abrió el proceso y de compartir y acordar con la comunidad las actividades que se realizarían para adelantar el trabajo se hizo un primer recorrido en la vereda para la identificación, priorización y caracterización de esas zonas.

En ese y los recorridos posteriores en los que participaron niños, jóvenes y adultos de la comunidad, se lograron identificar ardillas, osos hormigueros, zarigüeyas, azulejos, venados, gavilanes y especies vegetales como el achote, el anamú, la papaya, la piñuela, pringamoza, prontoalivio, estropajo, gualanday y salvia, entre otras. Todas ellas harían parte posteriormente de un catálogo de flora y fauna que

recogió cerca de cien especies como parte del proceso y que hoy se ha convertido en un instrumento de aprendizaje y divulgación para la comunidad.

En ese ejercicio se identificaron las cuatro zonas estratégicas donde se encontraban los ojos de agua, zonas que se aislaron para posteriormente realizar quince mingas en las que se sembraron ejemplares de especies protectoras como piñuela, iraca, algarrobo, mango, carbonero y uña de gato. El proceso se alimentó con plantas provenientes del vivero de cien metros cuadrados que construyeron. También se realizaron talleres de viverismo orientados a prepararse para cuidar el vivero y buscar la producción y comercialización de especies como una fuente económica hacia el futuro.

El grupo de Carmelito recibió durante el proceso dos visitas importantes. Una primera de estudiantes de Geografía de la Universidad Nacional y de un profesor de esa misma casa de estudios con los que establecieron un fructífero diálogo de saberes. Durante el recorrido por la zona con los estudiantes se puso en marcha la idea de conformar un sendero ecológico para el cual el profesor invitado aportó sugerencias importantes. El sendero se construyó a lo largo de siete kilómetros.

“En el sendero quedaron enlazados los cuatro ojos de agua y fuimos colocando diferentes mensajes relativos a la protección del ecosistema de bosque seco tropical, —comenta Yilver—. La idea es que lo aproveche la misma comunidad y que nos permita generar estrategias de turismo comunitario, de turismo ecológico. Desde ese sendero se puede apreciar gran parte estas planicies y uno puede observar toda la flora que hay”.

También los visitó, gracias a una invitación extendida por ellos y financiada con recursos del premio, un experto internacional de la Universidad Católica de Chile, con quien abrieron un diálogo acerca de la importancia de la conservación de estos ecosistemas. El profesor los orientó en la elaboración del catálogo de flora y fauna y les recomendó adquirir la tierra en la que se está haciendo la experiencia para asegurar su continuidad.

El grupo mantuvo una activa participación en diversas actividades. Se realizaron talleres de restauración y conservación del bosque, así como encuentros informativos y formativos donde se fue dibujando y ajustando el plan operativo que los guía. En uno de esos encuentros el director territorial de la zona sur de la CRC y padrino de la experiencia organizó un taller sobre la importancia de la protección del agua. Con el mismo padrino se organizaron algunas actividades de educación ambiental mediante las cuales se definió la urgente construcción de un

reservorio de agua para sortear mejor las temporadas de sequía. El reservorio se construyó con los fondos aportados por el premio.

Yilver opina que una de los logros centrales impulsados por el proceso de A Ciencia Cierta ECO fue el empoderamiento de la gente. "...eso permite de alguna manera que ciertas dinámicas, que ciertos procesos culturales, de recuperación de flora, de fauna, de recuperación de ecosistemas, logren muchísimo mayor compromiso, porque la gente se da cuenta que lo que lo que ellos hacen es valioso y tiene mucho sentido, que no es nada que esté en el aire".

Como ellos mismos lo manifestaron en el evento de cierre de la experiencia, el territorio, visto como un potente dispositivo de aprendizaje, puede ser objeto de apropiación social a través de procesos de participación y educación socioecológica. Así lo han hecho.